

Álvaro de Laiglesia

CONCIERTO en SI AMOR



Julio
CEBRANA

Diez cuentos del año 1967. De tipo costumbrista y tono ligero.

El amor es un concierto a cuatro manos, en un solo tiempo de longitud variable: dura hasta que uno de los dos ejecutantes empieza a desafinar.

ÁLVARO DE LAIGLESIA.

MORIR JUNTOS

LA PROMESA

—¿CÓMO VA ESO, Pablo? —preguntó Remedios.

—Bien —respondió él desde el árbol en que estaba trabajando con ahínco—. Bastante bien.

—¿Te falta mucho? —añadió ella, arrojando una piedrecita a la corriente del riachuelo junto al cual se había sentado.

—No. El corazón ya está grabado. Ahora estoy terminando las iniciales. Pero no creas que es tan fácil —añadió, resoplando y secándose el sudor de la frente con la manga de su camisa veraniega—. Este maldito tronco tiene la corteza durísima.

—Mejor —comentó Remedios, romántica—. Así el corazón no se borrará nunca.

—Desde luego que no —estuvo de acuerdo Pablo—. Pero si llego a saberlo, en lugar de navaja hubiera traído hacha. O un escoplo.

—¡No, por Dios, pobre árbol! —dijo ella, levantando la vista para contemplarlo—. Es muy bonito. Y el más frondoso de los que hay por aquí.

Era, en efecto, el que tenía la copa más verde de todo el bosquecillo que brotaba en aquel trozo de campo. Los otros apenas conseguían detener el sol estival para formar un sombrero en el que pudieran guarecerse los excursionistas domingueros.

—¿Tú sabes qué clase de árbol es? —preguntó Remedios, matando a un pequeño y atrevido coleóptero que trepaba por una de sus piernas, con la morbosa intención de llegar al muslo.

—Ni idea. Pero, por lo duro que está, parece un alcornoque.

—¡No, por favor! —rechazó ella—. Un alcornoque sería una ordinariez. Yo prefiero que sea un abedul. ¡Es un nombre tan poético!... ¿Cómo son los abedules, Pablo?

—No lo sé —respondió él, absorto en su tarea—. No conozco a ninguno.

—Tampoco yo. Pero tienen que ser preciosos, porque salen mucho en las novelas. Y los cerezos también... ¿No será éste un cerezo?

—¿Por qué va a ser un cerezo?

—Porque los cerezos son árboles muy literarios. Casi tanto como los abedules. Además, fíjate —añadió Remedios, señalando la cima del tronco en cuya corteza Pablo trabajaba—: tiene en las ramas unas cositas redondas. Podrían ser cerezas.

—Podrían —admitió él sin dejar de darle a la navaja—, pero no lo son. Aunque en botánica estoy tan pez como tú, sé distinguir una cereza de una bellota.

—¿Qué quieres decir? —se entristeció ella.

—Que mucho me temo que esas cositas redondas sean bellotas. En cuyo caso este árbol, si mis recuerdos del bachillerato no me engañan, no tendría más remedio que ser una encina.

—¡Qué feo!

—Según para quién. Mira los cerdos, sin ir más lejos.

—¿Qué cerdos? —se sobresaltó ella, mirando alrededor.

—Todos, en general. Para ellos la encina es un árbol sagrado, y las bellotas el maná.

—¿Y estás seguro de que las cositas esas no pueden ser nueces o almendras? —no quiso darse por vencido el romanticismo de la guapa muchacha—. En ese caso, el árbol

sería un almendro, o un nogal, que también tienen su poesía.

—Siento decepcionarte, pero por el tamaño casi me atrevería a jurar que son bellotas.

—No importa —decidió ella, terca—. Sea lo que sea, para nosotros será un abedul. ¿Estás de acuerdo?

—Por mí... —se encogió de hombros Pablo—. Como si quieres que sea un castaño.

—Será nuestro abedul —fantaseó Remedios contemplando el árbol con ojos emocionados—. Por muchos años que pasen, siempre lo recordaremos como el testigo de nuestra promesa. Llamándole abedul, el recuerdo tendrá ecos más poéticos. Porque las encinas sugieren bellotas, y las bellotas todo el mundo sabe lo que sugieren.

—Tienes razón —dijo Pablo, guardándose la navaja en un bolsillo y alejándose unos pasos del árbol para contemplar su obra terminada—. Y ya puedes venir, porque el abedul está listo.

—¿Sí? —se levantó ella muy ilusionada—. Déjame ver...

Y fue junto a Pablo. Ambos permanecieron mudos un rato, admirando aquel corazón grabado profundamente en la corteza a punta de navaja. El corazón era bastante grande, con el contorno convencional que tienen los corazones dibujados, tan distinto al que en realidad tiene esa víscera. Y en el centro, con letras toscas pero legibles, aparecían las iniciales de ambos enamorados unidas por una conjunción copulativa.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—Precioso —elogió ella—. Te ha quedado perfecto.

—No quise profundizar más, para que el árbol no se seque. Pero el dibujo durará tanto como él.

—Y nuestro amor, más todavía —dijo Remedios con voz temblorosa—. Más que nuestra vida... Más que la del árbol... ¿Verdad?

—Pues claro, chica —dijo Pablo, sin apartar los ojos del corazón—. Aunque viéndolo así, me estoy dando cuenta...

—¿De qué?

—De que debí poner la «Y» más bajita, y con la horquilla más grande —explicó él, señalando el dibujo.

—¿Por qué?

—Porque llamándote tú Remedios y yo Pablo, tal como hice la inscripción parece una esquelita. Fíjate: «R.Y.P.».

—Es verdad —tuvo que admitir ella—. Al primer golpe de vista, resulta algo fúnebre.

—Trataré de arreglarlo —propuso Pablo—, aunque ya poco se puede hacer.

—¡Espera! —le detuvo Remedios, con inspiración tan repentina como romántica—. Es mejor que lo dejes tal como está.

—Bueno. Si a ti no te importa esa sugerencia funeraria...

—Al contrario. Tiene algo de simbólico que nuestras iniciales, al unirse, recuerden la sigla de la muerte. ¿No crees?

—Pues sí —admitió él—. Es una coincidencia curiosa.

—Que coincide también con el carácter de la promesa que hoy vamos a hacer —se entusiasmó Remedios—. Porque haremos la promesa, ¿verdad?

—¡Claro! A eso vinimos al campo, y para eso estuve trabajando como un negro en el dichoso corazoncito.

—No le llames «el dichoso corazoncito» —le dolió a ella.

—¿Por qué no? —lo arregló él—. ¿Acaso nuestro corazón no es el más dichoso de todos?

—Eso es lo que yo creo, amor mío. Pero hace falta que lo creas tú también; que estés convencido de que nadie puede quererse tanto como nosotros.

—¡Naturalmente que lo estoy, chata!

—No me llames chata, te lo ruego. ¡Suena tan vulgar!...

—Perdona —se excusó Pablo—. Pese a mis lapsos vulgares, sabes de sobra que no concibo la vida sin ti. Te lo he dicho muchas veces. ¿Es que aún lo dudas?

—No. Sin embargo, a veces tengo mis momentos de depresión. Y entonces pienso que si tú no me quisieras con la misma intensidad que yo te quiero a ti, se rompería el equilibrio en la balanza de nuestro amor. Y yo me daría el batacazo.

—También me lo daría yo —aseguró él— si me fallaras tú. Pero eso no ocurrirá nunca.

—¡Nunca, tú lo has dicho! —le abrazó Remedios—. Nuestro amor tiene que ser eterno. Pase lo que pase, no nos separaremos jamás.

—Eso es —recalcó Pablo—: jamás. Tampoco para mí tendrá ningún aliciente este mundo el día que tú faltes.

A Remedios no le hizo demasiada gracia esta frase de su novio, porque dijo en seguida:

—Bueno: eso de que yo falte primero, es sólo una suposición. No sabemos quién faltará a quién, porque también tú tienes tus alifafes.

—Desde luego —tuvo que admitir Pablo.

—Pero lo que sí es prácticamente imposible —continuó ella—, es que faltemos los dos al mismo tiempo.

—Tienes razón. Sería demasiada chiripa. Aunque no hay que descartar la posibilidad de que muramos juntos en accidente de automóvil. Como cuando nos casemos compraremos un coche utilitario, y hay tantas parejas que se matan por esas carreteras...

Tampoco esta observación le hizo gracia a la muchacha, que se apresuró a rechazarla:

—Pero ésa es una posibilidad muy remota con la que no debemos contar —dijo—. Hay muchos accidentes en los que sólo muere uno. Y suponte, Pablo, que el muerto fueras tú.

—O tú, rica.

—Cualquiera de los dos —transigió Remedios—. Sólo de pensarlo me dan escalofríos. Porque yo no sería capaz de sobrevivirte.

—Ni yo a ti, vida mía —la estrechó él entre sus brazos, para indicar más gráficamente lo unido que se sentía a ella.

—Ésa es la razón de la promesa que vamos a hacer, para quedarnos tranquilos —resumió Remedios—. Así tendremos la seguridad de que si le pasa algo a cualquiera de los dos, el otro seguirá su misma suerte.

—Su misma desgracia, querrás decir.

—Bueno, eso.

—En resumen —concretó Pablo—: que pase lo que pase, no habrá supervivientes. Moriremos juntos, para no separarnos jamás. Por mi parte, te lo prometo.

—No basta —rechazó ella.

—Te lo juro —reforzó él.

—Sigue sin bastar.

—¿No? Pues ¿qué más quieres, hermosa?

—Darle cierta solemnidad al juramento. Se trata de una promesa importante, y no podemos hacerla de boquilla.

Pablo, señalando el árbol tatuado, discutió tímidamente:

—¿Y el dichoso corazoncito, en el que he trabajado toda la tarde? ¿No te parece una prueba bastante solemne de lo que hemos prometido?

—Sí, cariño. Pero tendríamos que hacer algo para darle validez al dibujo.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Alguna ceremonia —sugirió ella—. Del mismo modo que las catedrales primero se hacen y luego se bendicen. Y hasta que no están benditas, no sirven para nada.

—No pretenderás que traigamos a un obispo para que bendiga el corazón.

—Es un ejemplo, hombre.

—Si crees que la ceremonia es imprescindible —dijo Pablo después de pensar un momento—, podríamos hacer la promesa con la mano puesta en el corazón.

—¿En cuál?

—En el del abedul.

—Sigue pareciéndome poco solemne —volvió a rechazar Remedios, que se mostraba muy exigente en aquel asunto—. Las palabras se las llevaría el viento, y no quedaría constancia de que las pronunciamos.

—¿Y si contratáramos los servicios de un notario para que levantase acta?

—No digas majaderías.

—Pues no sé qué podemos hacer, monada —gruñó Pablo, rascándose la cabeza—. Porque no vamos a escribir un documento con nuestra propia sangre, como se hacía antiguamente en casos parecidos.

—No, claro. Sería demasiado. Sin embargo —añadió analizando la sugerencia que contenían las palabras de él —, no se puede negar que ese sistema antiguo, además de muy romántico, era el más eficaz. ¿Quién deja de cumplir algo que prometió escribiéndolo con su propia sangre?

—Nadie, desde luego —reconoció Pablo—. Pero como tú y yo estamos decididos a cumplir lo prometido, no hace falta llegar a esos extremos.

—A esos extremos, no —estuvo de acuerdo Remedios—. Pero sin llegar a tanto, creo yo...

—¿Qué es lo que crees? —preguntó él, ligeramente alarmado.

—Que para dar formalidad a nuestro pacto —concretó ella—, no vendría mal echarle un poco de sangre al asunto.

—¿Qué?... —se asustó Pablo.

—He dicho un poco nada más, tranquilízate.

—Pero... ¿hablas en serio?

—Completamente —confirmó ella con decisión—. ¿Acaso esta promesa no es seria para ti?

—Sí que lo es.

—Pues démosle entonces seriedad. Si lo que vamos a prometer es dar la vida para no separarnos ni en el más allá, bien podemos dar unas gotitas de sangre para formalizar el convenio en el más acá.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Pablo, para que su novia no creyese que se había acobardado—. Lo que no veo es cómo nos las arreglaremos para firmar el pacto con nuestra propia tinta natural. ¿Qué has pensado tú? ¿Llenar de sangre una pluma estilográfica?

—No, hombre. Será una firma simbólica. Verás qué fácil. ¿Tienes ahí la navaja?

—Sí —dijo Pablo sacándola del bolsillo, un poco mosca.

—Dámela.

—Tómala —se la dio él—. Pero ten cuidado, porque corta mucho.

—Para eso la necesitamos precisamente —le explicó Remedios—: para hacernos un corte.

—¡Caramba!... ¿Dónde?

—No te asustes, que no pretendo que nos cortemos la carótida. Ni siquiera una vena más pequeña. Ven, siéntate.

Remedios se sentó en el césped. Pablo también, aunque mientras se sentaba junto a ella preguntó con cierta desconfianza:

—¿Para qué?

—Así será más cómoda la pequeña operación.

—¿Cómo? —no pudo reprimir él un ligero sobresalto—.

¿Es que vamos a operarnos?

—Será suficiente con hacernos un corte en la yema de un dedo —le tranquilizó su novia—. Y cuando el corte empiece a sangrar, apoyaremos el dedo en el árbol mientras recitamos la promesa en voz alta. De este modo, simbólicamente, la sangre de los dos dará vida a nuestro corazón grabado en el abedul. Y lo prometido vivirá eternamente. ¿Qué te parece?

—Algo exageradillo, pero bonito.

—Nada de exageradillo. Es romántico, que no es igual.

—Romantiquísimo, desde luego —prefirió no discutir él.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, mujer. ¡Pues claro!

—Entonces, toma —dijo Remedios, dándole la navaja —. Empieza.

—¿Que empiece... qué?

—A cortarte el dedo.

—¿Tanto como eso? —volvió a asustarse él.

—Es un decir. Vamos, abre la navaja.

—Ya voy —la abrió, sin demasiada prisa—. ¿En qué dedo te parece mejor?

—En el dedo del corazón, naturalmente.

—Claro, naturalmente... ¿De qué mano?

—De la derecha, hombre. Es la que se usa para jurar —le explicó ella, fastidiada por la torpeza de su novio en las maniobras requeridas para el ritual de su promesa—. ¡Cualquiera diría que nunca has hecho un juramento!

—De esta clase, no —confesó Pablo, empuñando la navaja con la mano izquierda y examinando la derecha para elegir el campo de operaciones.

—Vamos, ¿a qué esperas? —le apremió Remedios.

—Verás —vaciló él—: es que estaba pensando...

—¿Qué?

—¿No sería mejor hacer el cortecito en el dedo gordo?

—¿Por qué?

—Como es más fuerte —razonó Pablo—, debe de doler menos. Recuerdo que una vez me clavé una espina en este pulgar precisamente, y lo resistí muy bien. Y era una espina de salmonete, que son bastante gordas...

—Pero el dedo del corazón es más simbólico —insistió Remedios—. Vamos, anda ya.

—Es que así, en crudo...

—En crudo tiene que ser. No querrás cocer el dedo antes, para ablandarlo.

—Está bien —dijo Pablo, heroico.

Y apoyando la punta de la navaja en la yema del dedo elegido como víctima, volvió la cabeza para no ver la zona operatoria. Luego, apretó los dientes con gesto anticipado de dolor.

—¿Qué haces? —dijo ella, que le estaba observando con extrañeza.

—Me da dentera mirar.

—¡Anda, hombre! Acaba de una vez.

—Sí, claro. Como el dedito no es tuyo... ¡Ay!

—¿Ya?

—Sí —anunció Pablo en tono lastimero, contemplando la punta de la falangeta que acababa de perforarse—. Pero creo que se me ha ido la mano, fíjate... ¡Qué carnicería!

—No exageres —dijo Remedios examinando la incisión—. El cortecito es tan poco profundo, que apenas sangra.

—¿Que no? —se ofendió él—. ¡Mira, mira! En cuanto aprieto un poco... Y me escuece mucho.

—Bueno —interrumpió ella, tendiéndole su mano derecha—. Ahora, házmelo a mí.

—¿Yo? —se asustó Pablo.

—Sí, por favor. Apuñálarame a mí misma, me da no sé qué...

—Y a mí, mira qué gracia.

—Pero tú eres hombre, y tienes que ser más fuerte que yo. Vamos, no tengas miedo.

—No puedo, mujer. Es tan monstruoso como darte una puñalada.

—Tienes que poder —le conminó Remedios—. No perdamos más tiempo.

—Es que te haré daño.

—Anda ya. Verás cómo ni siquiera gritaré. ¡Adelante, no seas pusilánime!

—Como quieras. Pero conste que lo hago porque tú me obligas, pues yo soy incapaz de esta crueldad —se excusó él, mientras sujetaba la mano de su novia y ponía la navaja en la postura adecuada para efectuar la punción—. ¿Preparada?

—¡Sí! —contestó ella, cerrando los ojos.

—¡Valor, Reme! —dramatizó Pablo.

—¡Acaba de una vez, pelma!

Con emoción más intensa que la de la víctima, Pablo se dispuso a asestar el pequeño navajazo en el dedo amado. La intensidad de aquellos momentos no hubiera sido mayor si la mismísima guillotina hubiese estado a punto de segar el cuello de Remedios. Y cuando el acero tomó brusco contacto con la epidermis, la muchacha lanzó un grito desgarrador:

—¡Ay, bruto!... ¡Me has debido de pinchar hasta el hueso!... ¡Cómo me dolió!

—Más me ha dolido a mí —dijo Pablo, consternado—. Pero tú te empeñaste...

—Pues el corte no es tan grande —observó la «guillotina», acercándose el dedo a los ojos—. ¿Por qué me habrá dolido tanto?

—Porque no te he cortado la uña, sino la yema.

—Pero sangrar, sangra lo suyo —siguió observando Remedios—. ¡Mira qué gota tan gorda!

—Aproximadamente —comparó él—, como la mía.

—Entonces, ahora es el momento —decidió ella, levantándose del césped y acercándose al «abedul»—. Ven.

—Voy —la siguió él, colocándose a su lado junto al árbol.

—Pon la mano con la sangre sobre nuestro corazón —le ordenó Remedios, mientras ella lo hacía—. Como yo.

—¿Así? —dijo él colocándola al lado de la de su novia, sobre la inscripción «R. y P.».

—Así —asintió ella con solemnidad—. Y ahora —añadió más solemne aún—, repite conmigo: Nosotros, Remedios y Pablo...

—... y Pablo... —repitió él.

—... prometemos solemnemente...

—... solemnemente...

—... no separarnos jamás.

—... jamás.

—Estaremos siempre unidos en la vida... —continuó ella con unción, entornando los ojos, como si acabara de

caer en místico trance.

—... en la vida... —repitió Pablo, con menos unción pero con mucho respeto.

—... y también en la hora de la muerte.

—... de la muerte.

Un pajarillo que se había posado en las ramas de aquella encina, ascendida poéticamente al rango de «abedul», se puso a trinar. Y su trino, tan alegre como inoportuno, sonó como una pequeñísima carcajadita. Pero tan leve incidente no fue capaz de romper el éxtasis de la romántica pareja.

LO PROMETIDO

PASARON UNOS CUANTOS AÑOS. Seis o siete, aproximadamente. El matrimonio formado por Remedios y Pablo vivía feliz en su pisito burgués.

Una noche de invierno, en su cuarto de estar, Remedios leía un libro porque no le gustaba el «telefilm» que ofrecía aquella noche la televisión. (La lectura sigue siendo, gracias a Dios, el recurso de los televidentes cuando no les gusta el programa. Y digo gracias a Dios, porque sería trágico para la literatura que tampoco en esas ocasiones la gente leyera libros).

Entró entonces la criada de Remedios y Pablo, una Petra del modelo más corriente, con una bandeja en la que humeaban dos tazas.

—Aquí le pongo la manzanilla —dijo, depositando la bandeja en una mesita frente al sofá.

—Gracias, Petra —agradeció Remedios, aprovechando la interrupción para ensalivarse un dedo y pasar la hoja del libro.

—He puesto dos tazas —explicó la criada—, por si al señor se le apetece cuando llegue. Como el señor es tan